

plemente que el Imperio se humanizará al debilitarse, no ve que al ser de verdad libres los estados árabes sucesivos, su actitud tradicional corre el riesgo de no tener ya validez. Generosa y desinteresada, la política francesa en Oriente está destinada a llegar a ser cada vez menos eficaz. Ha caducado en razón misma del progreso que favoreció (p. 87).

En fin, el libro de Pierre Rondot tiene el mérito, además de estar bien escrito, de contener informaciones útiles y recientes, a pesar de lo dudoso de algunas de las interpretaciones y críticas del autor.

SOCIALISMO Y EDUCACIÓN

FRANCISCO ZENDEJAS,
del Diario "Excelsior"

El libro más reciente de Max Nomad * es probablemente el estudio más frío y desconcertante de los aspectos profundos del socialismo. Nomad, reputado por su sarcástico libro *Rebel-des y renegados*, fue primeramente anarquista. Más tarde, y durante el encumbramiento del bolchevismo al poder, se adhirió tibiamente a las doctrinas de Lenin y Trotsky, aunque por poco tiempo, y ha venido a ser un escéptico socialista a pesar de sí mismo, muy influido por las ideas de un teórico polaco-ruso punto menos que olvidado —Makaysky.

Makaysky vivió hasta los primeros años del régimen soviético y fue, tal vez, su más crudo opositor de izquierda. Se le conoció como el propugnador de la idea del ingreso *raso*, como forma acabada y auténtica del socialismo. Fue también, e inspirado por Kropotkin, el sostenedor de que las revoluciones, especialmente las de carácter socialista, no hacen sino elevar al poder a una nueva clase, la de los "desclasados" del régimen anterior. Esto ocurre, según Makaysky, porque el proletariado es perennemente ignorante, y como el estatismo socialista impone la ocupación de un vasto ejército de técnicos, éstos devienen la nueva clase explotadora —funcionarios, ingenieros, intelectuales, artistas; en suma, lo que Makaysky llamó por primera vez la "gerentocracia", el mismo término de *manage-*

* NOMAD, Max: *Aspects of Revolt*. Nueva York, Bookman Associates, 1960.

rial que James Burnham utilizó años después sin darle crédito a su acuñador original, en su libro *The Managerial Revolution*.

A decir verdad, ya Bakunin, en su famosa diatriba contra Marx, había señalado que serían los expertos en el manejo político y económico de una sociedad socialista como la avizorada por Marx, quienes explotarían al proletariado, en vez de la burguesía.

Nomad insiste en que el cambio de régimen económico —de capitalismo a socialismo, ya sea éste de tipo democrático o totalitario— no anula necesariamente las diferencias de clase y, en cambio, crea una nueva clase más experta en los métodos de explotación. Para apuntalar su dicho, no solamente se basa en las ideas de Makaysky sobre el salario igual para todos —que, por cierto, recomendaba George Bernard Shaw en su *The Intelligent Woman's Guide to Socialism and Capitalism*— sino en una impresionante variedad de ejemplos históricos con los que revela que el más mínimo de educación (nosotros lo llamaríamos “preparación intelectual”) faculta a los hombres para explotar a sus más impreparados semejantes.

Nomad sigue a Makavsky hasta su desconocido panfleto (1808) sobre los levantamientos de Lodz, en Polonia, en que el ideólogo aseveraba que el socialismo, no obstante todas sus protestas de carácter proletario, era la ideología de una insurgente y nueva clase media de intelectuales, profesionistas, técnicos y empleados; no de los obreros manuales; que los partidos socialistas que trabajaban ilícitamente en la Rusia zarista y en la Polonia rusa, seguirían el ejemplo del socialismo tibio y reformista de Europa, tan pronto como el derrumbe del absolutismo los capacitara para trabajar a la luz del día. Esto último, como lo demostró la historia, resultó fallido, pero sólo en términos concretos, no generales, pues el socialismo ruso tomó, por primera vez, su tónica totalitaria, que era, según Nomad, la forma política que mejor sentaba a la nueva clase para su organización del estado.

Nomad dedica todo un capítulo a los *desclasados*. Éstos son los verdaderos inspiradores y líderes de la revolución socialista. La burguesía en el poder no les ha dejado forma de vida, los ha pauperizado; necesitan, por consiguiente, cambiar el régimen de relaciones, para desplazar a los propietarios y empleados y colocarse ellos en su lugar.

El esquema es crudo, pero más crudo aún es el razonamiento de Nomad cuando persigue las ideas de Makaysky hasta su madriguera. El salario raso —única forma, según Makaysky,

de lograr el socialismo total— implica, sin embargo, que tamaño igualdad sea vigilada por alguien. Ese alguien, ¿acaso —se pregunta Nomad— estará moralmente capacitado para imponer la igualdad sin mácula? Resulta que Makaysky proponía algo así como la revolución permanente (Nomad señala que Trotsky fue, incuestionablemente, más influido por Makaysky que por Parvus, en su formulación de tal teoría, pero que nunca lo reconoció porque el nombre de Makaysky era anatema para los soviéticos), una revolución permanente que tendría como primera meta educar a todos, a fin de que ningún ignorante pudiera ser explotado.

No obstante que Nomad acepta el salario —o el ingreso— raso como único medio cabal de afirmar la existencia plena del socialismo, no deja de repugnarle semejante fórmula totalitaria —¡que lo es, no cabe duda!—, y en ello como que regresa a su vieja pasión anarquista. No obstante su sarcasmo y su frialdad, Nomad nos da la idea del que se ha encontrado, de pronto, con la verdad en toda su desnudez y le horroriza tener que renunciar a sus sueños. Por ello, seguramente, se autodenomina como socialista a pesar de él mismo (*reluctant socialist*); un socialista *sui generis*, quizá el único de su especie, pues es indudable que su violenta crítica de todos los métodos socialistas conocidos y por conocer lo ha dejado sin bandera. Por coincidencia, mientras leía yo su libro me encontré con un nuevo cuento de Rosario Castellanos, “Modesta Gómez”, en *Ciudad Real* (Col. Ficción, Editorial de la Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960), en que se narra la oprobiosa profesión de las “atajadoras” en los pueblos chiapanecos, mujeres de la más ínfima categoría social que, no obstante, “atajan” y asaltan a los indios chamulas que vienen con sus productos a los mercados, ¡como si tal cosa fuera una profesión en regla, un derecho! Con lo que uno regresa a ese repugnante dicho de que “el pez grande siempre se come al chico”.

Tanto las críticas de Makaysky como las del propio Nomad, sobre los métodos y propósitos de los socialistas de toda especie, son ignominiosamente comprobables. En los últimos años de Stalin había escritores soviéticos que alcanzaban salarios quince veces mayores que los del obrero manual medio; ¡y esto, sin contar que el Estado les daba casa, automóvil y *dacha*, así como otras prebendas! Al respecto, remito al lector a los retratos que de sus congéneres soviéticos hizo el conservador Ivan Bunin, al que, por cierto, varias veces le fue ofrecido el regreso a la URSS con todo pagado y gran despliegue de honores, si aceptaba la fatalidad del nuevo régimen.

Al lector le parecerá extraño que un escritor mexicano diga

que le parece aberrantemente injusto que un hombre de letras, o un artista, gane quince veces más que un simple obrero. ¿Cuál es la diferencia que existe entre un régimen de economía capitalista y un régimen de economía socialista, cuando uno se enfrenta a tan flagrantes conclusiones, a realidades tan patentes?

Las críticas de Nomad y Makaysky son, efectivamente, destructoras. En forma por demás zumbona, el mismo Nomad hace la crítica individual de Makaysky y nos revela que éste, también, tenía aspiraciones de carácter clasista, una vez que triunfara su peculiar socialismo. Makaysky las disfrazaba con una concepción de Kropotkin sobre cómo llevar adelante la revolución permanente. Esta sería impulsada por una liga secreta, aun después de haber derribado la sociedad capitalista. Así se llegaría hasta el comunismo puro, una vez que las capas más pobres y necesitadas de la sociedad hubieran alcanzado los privilegios de la educación. Cuando Nomad ha alcanzado las últimas conclusiones de Makaysky, se regresa; y, renuente a todo programa, sosiaya, no obstante, que el papel, la labor inmediata, de los socialistas puede estribar en propugnar la educación universal y total, empezando por los de más abajo.

Pero lo principal no está dicho. Yo he insistido siempre en que, sin libertad, no hay socialismo. Hace unos seis meses pronuncie, precisamente, una conferencia sobre el tema. Encuentro que los anarquistas tipo Herbert Read —el esteta— andan cerca de la verdadera solución. Lo primero que debemos preguntarnos ante la teoría del ingreso raso, es ¿por qué tiene que existir tal principio? ¿Simplemente porque el sistema capitalista burgués ha creado una tabulación, una diversificación de salarios e ingresos? La igualdad, la regla horizontal para todo el mundo, es una de las cosas contra las que estamos, y por ello nos creemos socialistas. Hay cárceles de diversos tipos, y el de la igualdad absoluta puede ser una de ellas. No que prefiramos a aquellos seres a quienes George Orwell definió tan sarcásticamente en su utopía totalitaria, “que son más iguales que los otros”, sino que sentimos que son las diferencias específicamente humanas las que deben reglar el trato y la relación entre los hombres. A pesar de Engels, no vemos por qué, por ejemplo, la familia deba desaparecer dentro de una sociedad socialista. Y los ejemplos que podría ofrecer son inagotables. Una de mis aspiraciones —inalcanzable, por supuesto— sería la de viajar constantemente, no porque sufra de un delirio de persecución (suelo ser, más bien, estacionario), sino porque he descubierto que, viajando,